

Director: D. SEBASTIAN ROSETTY Y WAGENER (Lord Byron)

Suscripción mensual . Ptas. 1'00

Número suelto . . . » 0'50

Fuera de Cádiz: Trimestre, 3 ptas.

ANUNCIOS: PRECIOS CONVENCIONALES

SE PUBLICA LOS DIAS 10, 20 y 30 de cada mes

TODA LA CORRESPONDENCIA AL DIRECTOR.

No se devuelven los originales que se nos remitan

Redacción y Administración

CÁNOVAS DEL CASTILLO
NÚM. 25

GADITANOS DISTINGUIDOS



Ilmo. Sr. D. José Luis Rodríguez Guerra

Nos complaceamos publicando el anterior fotograbado, por tratarse de respetable personalidad, justamente aquí apreciada.

Con beneplácito de los gaditanos, desempeñó en tiempos el Ilmo. Sr. Rodríguez Guerra la Alcaldía de esta capital, dejando en ella muy gratos recuerdos, los que también se conservan de la etapa en que fué diputado provincial por esta circunscripción.

Desde largos años viene desempeñando los importantes cargos de Cónsul de la República de Chile en esta plaza y Secretario de la Cámara de Comercio de Cádiz, ocupando en la actualidad, al propio tiempo, alto puesto en la Corporación Municipal, sin abandonar por ello el de confianza y categoría que ocupa en las oficinas de la Compañía Trasatlántica, de cuya poderosa Empresa es Delegado en Cádiz su respetable hermano el Excmo. Sr. D. Joaquín R. Guerra.

Entre otras condecoraciones, ostenta nuestro retratado las siguientes: Comendador de la Real Orden Americana de Isabel la Católica y de la de San Estanislao, de Rusia; Cruz de segunda clase de la Real Orden Civil de Beneficencia, y la de tercera clase del Mérito Naval con distintivo blanco.

Sirvan estas líneas como testimonio de respeto, consideración y afecto hacia el Ilmo. Sr. D. José L. Rodríguez Guerra.

S. R. W.

La prima donna

Aquella noche se cantaba *La Traviata*. Se trataba del *début* de una cantante afamada, la célebre Lucía Colonna, descendiente, según aseguraban, de distinguida familia italiana y poseedora de hermosa voz y nada común belleza.

El público, disgustado por los continuos fracasos que se venían sucediendo hacía tiempo en el teatro de la Opera, esperaba con impaciencia la aparición de esta *estrella* del arte; y en cuanto al empresario, que había estado dándose á Barrabás toda la temporada, veía en el éxito casi seguro de la nueva tiple la única esperanza de conjurar su ruína.

El mismo día del estreno, por la mañana, entró en el despacho D. Crispino (que así se llamaba) con su cara redonda y completamente afeitado como una mujer, los ojillos grises y la boca grande y desgarrada, respirando la más completa alegría.

—¿Cómo va el billeteaje?—preguntó al dependiente que despachaba en la taquilla para la función.

El empleado, por toda respuesta, y frotándose las manos con satisfacción, señaló el cartel que había colocado sobre la ventanilla del despacho, y en el cual se leían estas mágicas palabras: «No hay billetes».

—¡Bravo!—exclamó el empresario.—¡La noche promete! ¡Me corto la cabeza si la Colonna no nos pone á flote! Por supuesto, que no habrá inconveniente para el estreno, ¿eh?, porque si el público se encuentra otro día más, chasqueado, después de las noches que lleva sin función, entonces sí que silban á la *diva* y al empresario y al *sursum*...

Después de un rato de charla, nuestro hombre, impaciente y nervioso, se despidió del empleado, diciendo:

—¡Vaya! Me voy al ensayo, y á pasarme por casa de esa mujer, no nos vaya á salir á última hora con algún inconveniente... ¡Estas cantantes son el mismísimo demonio!...

* *

Con efecto: á los pocos minutos entraba el empresario en casa de la *prima donna*. Sorprendióse al entrar, de no oír la voz de la *diva*, ni el piano, siendo su hora de ensayo. Subió los escalones de dos en dos, y fué mucho mayor su sorpresa, cuando al penetrar en el cuarto de la tiple, la encontró acurrucada en un rincón con el cabello descompuesto y hecha un mar de lágrimas. La habitación, á media luz, dejaba ver los objetos que en ella había; distinguíase con dificultad el piano cerrado, los papeles de música en el atril y algunos trajes de vistosos colores extendidos sobre las sillas.

—¿Qué ocurre?—preguntó el empresario con inquietud á la Colonna.—¿Está usted enferma?

Ella movió negativamente la cabeza, y contestó:

—Peor que eso... ¡Se me ha muerto mi madre!

Quedóse el Sr. Crispino como aquél á quien echan un jarro de agua fría, y se dejó caer en una butaca, dando un fuerte suspiro.

—Ya vé usted—dijo después de algún tiempo, Lucía—que yo no puedo cantar esta noche. Espero que usted me dejará unos días de reposo...

—¡Tá, tá, tá!—contestó el empresario, de mal humor—ya me estaba esperando esa salida... Pero, hija mía, eso no puede ser; los cantantes, como los empresarios, nos debemos al público. Muy bueno, y muy santo, llorar á los muertos; pero el que paga, no entiende de estas cosas... Nosotros, los artistas,—él se juzgaba como tal—no podemos permitirnos estos lujos....

La Colonna, que le había escuchado indignada, contestó levantándose indignada de ira:

—Rescindiré mi contrata: ¡yo, no canto!

—Eso se dice muy pronto, señorita...; pero... ¿usted recuerda las condiciones en que está escriturada?... Si usted se empeña... corriente. Me abonará daños y perjuicios.

Al oír estas crudas palabras, dejóse caer de nuevo en su butaca la *diva*; llena de desaliento. Lo que había dicho era una locura, no tenía con qué pagar aquella indemnización; y además, en el telegrama en el cual anunciaba su padre la desgracia, venían estas palabras: «Sin recursos; envía fondos inmediatamente.» ¿Cómo romper con el empresario, cuando tenía que recurrir á él para socorrer á su familia?

Desesperada, sin fuerzas para llorar, suplicó al empresario sin entrañas: pero todos esos ruegos fueron inútiles. Convencida de su impotencia, secó sus ojos con rabia, y levantándose con dignidad, exclamó:

—Puesto que no hay otro remedio, cantaré... Pero hasta la hora de la función, soy dueña de mi voluntad y quiero estar sola... Hágame usted el favor de marcharse.

* *

La noticia de la desgracia ocurrida á la simpática artista, corrió inmediatamente, y á la hora de la función nadie ignoraba las condiciones en que iba á presentarse en escena. El público en general estaba indignado contra el empresario ruin, que no contento con haberlo engañado, especulaba con una pobre mujer, haciéndola cantar en estas circunstancias.

La expectación, el interés, la curiosidad, eran inmensas. Cuando se presentó la *diva*, pálida, dolorida, interesantísima en su sublime sacrificio, una salva de aplausos resonó por largo tiempo en la sala.

Era la Colonna, una mujer de aspecto delicado y endeble. Su delgadez, casi extremada, tal vez habría perjudicado á su belleza, si la artista (como la Sarah Bernhard) no hubiese sacado partido de ello, para hacer más distinguida y atractiva su figura.

Aquella noche, además de sus encantos naturales, aparecía la cantante envuelta en una atmósfera de dolor, de heroísmo, que todos, al verla, quedaron encantadas de su belleza y de su distinción admirables.

Apareció vestida de un modo maravilloso, y solo un observador atento habría podido admirar, tras aquella fisonomía animada y juvenil la borrasca que existía en el fondo de su corazón.

Sin embargo, muchas veces, durante la representación, su voz fresca, dulce, armoniosa, apareció vacilante y como empapada en un vapor de lágrimas. Los ojos, agrandados por un círculo obscuro, se nublaban repentinamente; mas al momento la Colonne, reponiéndose, hacía un esfuerzo supremo y volvía á ser la seductora «Violeta», sonriente, atractiva, subyugadora.

¡Con qué pasión, con qué ternura y sentimiento dijo el dúo con el tenor!... Cada provocada actitud, cada nota, era interrumpida por aclamaciones de entusiasmo, de delirio.

Cuando, jadeante, estenuada, y después de haber salido repetidas veces á escena, entraba en su cuarto, se dejaba caer desfallecida en un sofá y daba rienda suelta á sus contenidos sollozos.

De este modo se pasó aquella noche de prueba. Ya en el último intermedio, la Colonne se sintió tan mal, que tuvo que prolongarse el descanso más de lo acostumbrado.

El esfuerzo de tantas horas había aniquilado á la *diva*, que delcada y enfermiza, resistía penosamente el golpe.

Al fin, llegó el último acto, en que la protagonista aparece enferma y próxima á morir. ¡Cuán bien cuadraba la situación de la infortunada «Violeta» con la de la infortunada Lucía! Así es, que al decir la frase aquella «¡*Gran Dios, morir si giovine!*», se identificaba tanto con la ópera, que el público, maravillado, seguía las notas y las actitudes de la artista, sin respirar y en medio del más profundo silencio.

De pronto, cuando estaban en el último dúo, el apuntador notó, alarmado, que la Colonne no entraba á tiempo y se extraviaba.

Fué cuestión instantánea, rapidísima; mas á los pocos instantes, la tiple inclinó la cabeza, mientras el tenor, horrorizado, la sostenía entre sus brazos...

¡Estaba muerta!

H. G. DE LOS RÍOS.

EL BAUTIZO

—Ven al bautizo—me dijo Cleto,
que es un sujeto
mixto de mono y ave zancuda,
con una cara que dá fatiga
y una barriga
de una cabida morrocotuda.

—¡Pues ya lo creo!—grité gozoso:

—Verás que hermoso

es el chiquillo que me ha tocado:

—¡Todo á su padre.

—(¡Será algún perro!)

—Es un becerro

por lo rollizo y adelantado.

Aquella noche (que era de invierno)

me puse un terno

color de pera, que uso de gala,
y fui á la casa del padre artista.

He aquí la lista

de las personas que ví en la sala:

Doña Ramona Valiente y Pampa,

mujer de un trompa

que parte nueces á trompetazos.

Doña Ramona Gil de Rochada,

que está casada

con un dentista que dá sablazos:

Don Anatolio Vargas Machuca,

que usa peluca,

hecha con leznas en vez de pelo,

y una tirilla de tal copete,

que va el pobrete

por todas partes mirando al cielo;

Un comerciante que en el bigote

se unta cerote,

y al que por bruto nadie resiste;

La bella Elisa de Cara-engrudo,

que por saludo

lanza un maullido de cara triste;

La poetisa Doña Teodora,

que sufre y llora

cuando recita dulces canciones

y que se come tranquilamente

según la gente,

de una sentada cuatro jamones;

Benito Lata; lindo Cupido

muy presumido,

que de corista tiene la pinta,

y que disfraza ciertas roturas,

dándose unturas

con negro de humo, betún y tinta;

El guitarrista Pepe Cabestro

que es un maestro

cuando *se arranca* por aires vivos,

y otro maestro que eclipsa á Caco

en el *atraco*

de transeuntes inofensivos.

Y en fin, la dueña, Blasa Esqueleto

mujer de Cleto,

con muchos moños y relumbrones

y tan delgada la pobrecita,

que es una guita

llena de nudos y tropezones.

Cuando yo entraba, la poetisa

con voz de brisa,

le disparaba tierna *dolora*,

mientras que el bruto del comerciante

como un sochantre,

roncaba al lado de una señora.

Doña Ramona junto á Benito

por lo bajito

sostiene charla tan cortesana,
que suda el chico, y al menor frote,
se unta el cogote
con lo que suelta su americana;
Don Anatolio, que es hombre fino,
reparte vino
mirando al techo; y al fin tropieza
con la nodriza y con el chicuelo,
y viene al suelo,
rompiendo un coco con la cabeza.
Cleto se lanza con gran cariño
sobre su niño,
que dá chillidos como una rata;
Teodora grita, y, el comerciante
de mal talante,
le llama á aquello *meter la pata*.
En tanto el trompa que se incorpora
vé á su señora
con el Benito, y en el momento
ardiendo en celos, como es debido,
pega un bufido
y arroja lejos el instrumento.
Se arma el gran lío desde aquel punto;
medio difunto
salgo del sitio cual la saeta
y me apercibo de que el artista
con mano lista
me había robado la camiseta.

CLEMENTE GARCÍA DE CASTRO.

La canción de "Rigoletto"

X

Como buena napolitana, y pasados los primeros arrebatos de su justo dolor, Elda decidió dar parte á la justicia y que ésta obrara según su deber, castigando al culpable....

Pero no tuvo tiempo de poner en práctica su idea, pues cuando iba á dar los primeros pasos, recibió una carta que le hizo variar de opinión, carta concebida en estos términos:

Srta. Elda Ponglioni.

Si la naturaleza, muy sabia, no abortara en ocasiones fenómenos de rarezas singulares, no podría apreciarse con justeza el contraste que ofrece con la creación de seres de opuestas condiciones: los primeros acumulan en su seno cualidades de perfidia inenarrables; los segundos anidan en su alma tesoros de virtud inagotables.

A estos últimos pertenece usted.... ¡á los otros, yo!

En estas líneas, y en momentos solemnes para usted, me propongo hacer mi retrato moral y material; por dentro y por fuera... ¡alma y carne...! ¡espíritu y materia!

Hay personas que practican el mal por instinto, ó por conveniencia; también las hay que lo ejercen impelidas por la fatalidad ó por su destino; quien por necesidad ó por saciar venganzas.. yo me complazco en ejecutarlo por todas aquellas cualidades unidas: por satisfacer mis instintos ruines, por convenir á mis intereses, empujado por mi destino, por necesidad de martirizar á mis semejantes y por vengarme de quien se oponga á mis planes; en una palabra, hago daño casi con placer, por el solo capricho de mi voluntad, sin que nada ni nadie sea bastante á oponerse á la consecución de mis ideas, pues los obstáculos que se me interpongan, los arrojo sin reparar los medios.

¡Tal es mi modo de sér y de pensar!

Y con estos antecedentes, precisos y claros, tan precisos y claros como escueta en la forma de expresarlos, voy á permitirme exponerle el objeto que me anima al molestar su atención, aún caliente el cuerpo de su desdichado padre.

Es seguro que éste, antes de expirar, no le faltarían alientos para ponerla al corriente de mis pretensiones, de mis proyectos y en esta seguridad, creo ocioso repetirle cuanto el autor de sus días le haya manifestado.

Por esto, sólo me resta añadirle, que poseo pruebas irrecusables de un delito gravísimo cometido en tiempo por el que hoy no existe; más es de tal magnitud el crimen y los documentos que lo acreditan son tan claros y terminantes, que, al ser conocidos, bastaría para que el nombre de Enrico Ponglioni se arrastrara por el fango, sus bienes fueran confiscados y la deshonra lo siguiera hasta dentro de su tumba.

Como hija amante, justifico sus razones para vengar la muerte de su padre... pero tenga la convicción de que, unida á su denuncia, recibirá la justicia los documentos que obran en mi poder y que hundirían para siempre la aureola de prestigio con que ha fallecido su padre.

Ahora, en presencia de su cadáver, desmenuce línea por línea lo que le expongo y su cariño de hija y respeto á la memoria del muerto, decidirá su porvenir.

Besa respetuosamente su mano, su futuro esposo,

Roberto Fossi.

No se engañó el infame Roberto en sus presunciones, pues Elda sucumbió al cabo en la lucha que sostuvo en su interior, entre su alma candorosa que le repugnaba dar su mano á hombre tan vil, y el cariño y respeto del padre querido.

En holocausto de su venerado recuerdo, Elda cedió al fin á cuanto quiso Roberto, que, al año del fallecimiento de Ponglioni, vió colmada su torpe

ambición uniéndose en matrimonio con la hija de su víctima.

Ni que decir tiene, que todo el cuantioso capital del banquero pasó á sus manos, pues así pudo arreglarlo en el contrato matrimonial, reservándose Elda solamente la herencia de su madre.

Desde el primer día de casados, hicieron ambos cónyuges vida independiente en la intimidad, aunque para el mundo guardaran las más cordiales relaciones.

En sus horas de soledad, en sus noches de insomnio, lloraba Elda amargamente lamentando su destino; algunas veces, bastantes, se sublevaba contra tal género de vida, contra aquella cadena que la sujetaba por el cuello, amenazando ahogarla al menor conato de rebeldía... más, en aquellos momentos, el nombre de su padre acudía á sus labios y doblegaba su voluntad, tomando todos sus sufrimientos, todos sus amargores, como penitencia por las faltas que en vida cometió el sér que descansaba en la mansión de los muertos.

Roberto, haciendo caso omiso de Elda, y una vez en posesión de un inmenso capital, se entregó á la crápula, al juego, á cuantos vicios embrutece al hombre, cuando no hay freno que tasque las pasiones desenfrenadas.

Transcurridos cinco años de la muerte del banquero y cuatro del casamiento de su hija con Roberto, el público aclamaba delirante la voz del tenor Luigi Vasconi, que hacía una verdadera creación del protagonista de la ópera *Rigoletto*.

Atraída por la fama que conquistó el celebrado artista, Elda acudió una noche al teatro, precisamente cuando se representaba la inmortal partitura de Verdi, y al escuchar las notas emitidas por aquel cantante colosal, notas que salían de su garganta cual rauda cascada de brillantes, el alma virgen de Elda quedó sugestionada, hechizada, germinando en su corazón por vez primera un sentimiento distinto al que profesara á su buen padre.

Desde la noche que escuchó *Rigoletto*, sintió en su alma vagas dulcedumbres, esperanzas halagadoras, latidos en su seno que semejaban movimientos de estrella rutilante... algo nuevo, en fin, que aunque procuraba deshecharlo, era inútil empeño.

Elda, en su inocencia, justificaba estas sensaciones á su afición al arte musical, y en esta ilusión mecía en sus ensueños al ídolo, hasta el día en que, sabedora de la marcha á América del tenor objeto de su pasión, ésta se desbordó como río que rebasa su cauce, y despreciando cuanto el mundo dijera para rebajarle, abandonó su hogar, maldito para ella, y voló donde su corazón la llevaba.

La sociedad, ignorante del drama desarrollado

por Roberto, recriminó duramente el proceder de la esposa...!

Esta obró mal... en contra de las leyes del honor; pero las infamias de un hombre, digno miembro de la hampa, que atropelló la virtud, la castidad y la pureza de un alma virgen, la empujaron á ejecutar un acto reprobable...

¡Azucena blanca, de aroma penetrante, apenas abierta su corola, fué tronchada por las maldades de la podredumbre humana, que envenenó con su pestilente hálito la policromía de sus pétalos!

JOSÉ RECIO DÍAZ.

(Continuará).

LEYENDA

I

En la enramada oculta, de verbenas, tegida, de Siringa, una tarde se deshojó la vida.

Un ruiseñor gemía con su canto argentino, oculto entre el follaje de la copa de un pino. Y la fuente cantora, de salmodia ignota, por la ninfa vertía, sus rezos gota á gota...

II

En sus pálidos pechos, cuando el abril florido llegó, tegió una alondra, con jazmines, su nido: hasta que Pán, su amante, dios del viento armonioso el cuerpo de la amada sepultó, cariñoso. Y á la sombra de un tilo, por la tarde, solía derramar su amargura, como la tarde, fría.

III

De aquella sepultura, fuente de desconuelos, nacieron de unas cañas unos tiernos brazuelos en los cuales tañía sus músicas divinas el homérico amante, las noches peregrinas. Y sus notas sentidas flotaban igual que una triste lluvia de lágrimas á la luz de la luna: mientras que la fontana de salmodia ignota, por la muerta vertía sus rezos, gota á gota...

J. F. GARCÍA DEL CAMPO

SECCIÓN DE ESPECTÁCULOS

Gran Teatro

Una frase, sin duda mal interpretada por nosotros, en conversación, como siempre amena, que en los comienzos de la breve temporada que anteanoche terminó en el grandioso coliseo de aquel título sostuvimos, hízonos creer que el eximio es-

critor que firma sus castizos trabajos con el pseudónimo *Philos*; habría de honrar nuevamente las columnas de REVISTA TEATRAL, ofreciendo á los amables lectores de ella y con las galanuras de su estilo, la crónica de las siete noches consecutivas en que á Cádiz ha deleitado la notabilísima compañía dramática Guerrero-Díaz de Mendoza.

En ello confiábamos; más al reclamarle las para nosotros prometidas cuartillas, cuando ya la composición del periódico toca á su término, nos vemos sorprendidos por la siguiente epístola, la que... ¿á qué no decirlo? nos pone en grave aprieto por la premura del tiempo:

«Querido Lord Byron: No recuerdo haberte prometido cuartillas ni impresiones para el número correspondiente al día de hoy 30, de tu REVISTA TEATRAL, acerca de la compañía dramática María Guerrero—Fernando Díaz de Mendoza, que acaba de actuar en el Gran Teatro.

Mi decisión es tan absoluta (creo habértelo dicho de palabra) que aunque no he faltado noche no he formulado juicio alguno en las conversaciones de los entreactos, ni he escrito una sola línea en el *Diario de Cádiz*, ni en ningún otro periódico local de los que me otorgan la merced de acoger con benevolencia mi gárrula colaboración.

El excelente escritor que encubre su nombre con el pseudónimo KHAIR-EDDIN, tuvo la amabilidad, de dedicarme un magistral artículo de crítica literaria, respecto á la obra culminante de la temporada, *Doña María la Brava*, del gran poeta Marquina, inspirado dice, en la inmutabilidad de mi semblante, y en mi silencio absoluto. En él perduro y ya tendré ocasión de darle las gracias públicamente al escritor á que aludo, en trabajo cuyas primicias te ofrezco.

Y rogándote me dispenses por hoy, sabes soy tuyo affmo. amigo,

PHILOS.

30 Abril 910.»

Y en virtud de la razón poderosa que antes exponemos, nos vemos constreñidos á consignar solo, que la cortísima temporada ha sido de lo más brillante que se ha visto en Cádiz de mucho tiempo á la presente fecha.

Que en el breve lapso á que hacemos referencia, se han puesto en escena las obras que enumeramos: *El ladrón*, *Doña María la Brava*, *Mancha que limpia*, *La tragedia del beso*, *La fuente amarga*, *Amores y amoríos*, *Locura de amor*, *El tanto por ciento* y *Mañana de sol*, sirviendo todas las en que María Guerrero tomó parte para demostrar que continúa pletórica de facultades artísticas con indiscutible derecho á figurar por encima de cuan-

tas cultivan en España los difíciles géneros, que ella domina, así como que su esposo el notable primer actor D. Fernando Díaz de Mendoza comparte con justicia los éxitos grandiosos que de todos los públicos obtiene su inimitable consorte.

Y por último, que esta vez, como siempre, y á despecho de los que aseguran que en *Cádiz no hay elementos* (léase *efectivo*) para sostener un teatro abierto á los precios que lógicamente regían en el Gran Teatro, hánse visto falladas sus aseveraciones, como lo demuestra el hecho indiscutible de haberse agotado el *papel* en taquilla durante todas las noches en que aquél abrió sus puertas.

En la tarde de ayer zarpó con rumbo á la República Argentina el magnífico trasatlántico alemán que allí conduce á la compañía.

¡Que tenga feliz arribo, y que tras los nuevos triunfos que en el país hermano le aguardan, nos conceda el placer de admirarla á su regreso en el propio coliseo donde acaba de dejar tan gratísimos recuerdos!

Teatro Principal

Continúa el público favoreciendo con su presencia las entretenidas exhibiciones cinematográficas que en el teatro de la calle de Aranda nos ofrece el señor Martín con el magnífico aparato de su propiedad y cuyas cintas se proyectan como ya dijimos en una tersa luna de cristal, lo que da como resultado que las figuras se perciban con una fijeza y claridad verdaderamente notables.

Muchos asíduos concurrentes al mencionado espectáculo ruegan por nuestro conducto al nombrado Sr. Martín que no prodigue tanto las películas tomadas de hechos fingidos pues resultan de más interés y hasta instructivas y curiosas las que son impresionadas de hechos reales, como viajes espectáculos en circos, plazas de toros, etc., etc.

Lo del muelle

Con este mismo epígrafe aludíamos en nuestro número anterior á la barraca levantada en las proximidades de la estación del ferro-carril, que si por fuera solo de tal tiene el nombre, visitándola interiormente, presenta el propio aspecto de un teatro, por lo que suponemos que en el mismo se habrán practicado la visita y reconocimientos que la ley ordena al objeto de dar á los espectadores las precisas seguridades de solidez, capacidad, salidas francas etc., etc.

Hasta el presente, han venido ofreciéndose en la

citada barraca proyecciones de cinematógrafo *amenizadas* por una comparsa *chirigotera* oriunda de Sevilla y la que se ha permitido cantar algunas coplas altamente inmorales, con lógica protesta de cuantas personas cultas fueron sorprendidas al escucharlas.

Según nos dicen, en breve serán contratadas *nuevas atracciones*, siendo de desear que los llamados á ello procuren que no se repitan las bochornosas escenas presenciadas el pasado año en el local de referencia por los nunca bastante ponderados Hermanos Harturs.

Teatro Cómico

Con suma complacencia hacemos público que nuestro estimado amigo el conocido empresario don Manuel González Mora, se ha hecho nuevamente cargo de la representación exclusiva del lindo coliseo de la calle de Javier de Burgos.

Felicitamos al Sr. González, así como al propietario del nombrado teatro y aplaudido tenor, don Rafael Gil.

LORD BYRON.

INSTANTÁNEA

¡Jesús, qué de gente
ya pobre, ya rica,
para el Gran Teatro
ligera camina!
¡Y cómo se estrujan,
y cómo se apiñan,
y cómo se matan
por no perder sílaba
que salga de labios
de la gran artista,
de la gran Guerrero,
de la gran María!

Yo al ver tanta gente
gastarse la «guita»,
sufrir empujones,
vender la camisa
y hacer tantas cosas,
ayer me decía:
¿Quién es la que tanto
al público anima,
es María Guerrero,
ó es María... Santísima?

M. DEL RÍO Y GARCÍA

27 Abril 910.

DESDE HUELVA

Velada teatral

Con extraordinaria concurrencia se celebró una magnífica función anoche domingo, en el Centro Popular de Obreros de esta Capital, por el cuadro artístico juvenil onubense que dirige el distinguido actor don Eduardo Pizarro.

Tuvimos el gusto de ver la representación de las Obras; «Del enemigo el consejo», y el ovacionado entremés de costumbre andaluzas original del inteligente y aplaudido autor onubense don Ezequiel de la Cámara, «Mi novio».

En «Mi novio», se distinguió la Srta. Encarnación Díaz, que desempeñó admirablemente el papel de «Lola», siendo calurosamente ovacionada, así como el Sr. Sousa (en el papel de José), y, el señor Pizarro, en su corto é interesante papel del «Cartero».

Al final de la representación, fué llamado al palco escénico varias veces en medio de ruidosos y nutridos aplausos, su autor.

En la comedia «Del enemigo el consejo», fueron llamados á escena los intérpretes al final de cada acto.

No terminaré sin hacer mención de las Srtas. Salgado, Cuenca y los Sres. E. Pizarro, E. Cámara y el Sr. Gil, que contribuyeron muy justamente á los cariñosos aplausos que se les tributaron.

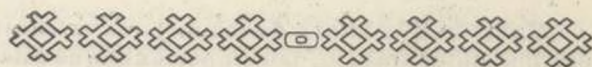
Se dió fin á dicha velada con un baile de Sociedad, en el que vimos á personas distinguidas, durando hasta alta hora de la madrugada.

Para el domingo próximo, se prepara por dicho cuadro las obras, «Ruido de campanas» y «Mi novio».

Al Sr. Presidente, como así al distinguido cuadro artístico, le damos nuestra más sincera felicitación.

ANTONIO DE LA CORTE

Huelva 16-4-1910.



Patricio Duque Estrada, Procurador.—Churrueca, 3.—Horas de despacho de 11 á 5.

Imp. de M. Alvarez, C. del Castillo, 25.—Cádiz.

Pastelería y Cervecería

VIENA

Se confeccionan ramilletes, dulces y tartas.

Gran variación en fiambres de todas clases.

EXQUISITO PAN DE VIENA (Sale á las seis de la tarde).

SAN MIGUEL, NUMS. 1 Y 3
CADIZ

José Pena.—Gabinete para afeitar, cortar y rizar el pelo. Servicio esmerado.
SAGASTA, número 47.

Dr. D. Fernando Muñoz, Catedrático de Medicina.—Consultas de 1 á 3 de la tarde.—Zaragoza, 15.

Dr. Don Cayetano del Toro

San Miguel, número 16

Consultas gratuitas á los pobres:

Martes, Jueves y Sábados.

ANTONIO NAVARRO

Despachos de vinos de todas clases.

Especialidad en Valdepeñas

Sagasta, núm. 5.

Viuda de R. Alcón y F. Lerdo de Tejada.—Cadiz

COMISIONES, CONSIGNACIONES, TRÁNSITOS.

Casa fundada en 1833.

LINEAS DE VAPORES QUE CONSIGNA ESTA CASA

Compañía Anónima de Vinuesa, de Sevilla.—Compañía Sevillana de Navegación á Vapor, de Sevilla.—Sociedad de Navegación é Industria, de Barcelona.—Austro Americana: Fratelli Cosulich, Trieste.—Línea de Vapores Tintoré, Barcelona.—Línea de Vapores Serra, Bilbao.—La Flecha, Bilbao.—Société Generale de Transports Maritimes á Vapeur, Marsella.—White Star Line, Liverpool.—Mediterranean & New-York S. S. C.^o, Liverpool.—John Glynn & Sons, Liverpool.—Ceballos Line, New York.—Société Cockerill, Amberes.—La Ve-

loce, Génova.—Larrinaga y C.^a, Liverpool.—Compañía Marítima Comercial, Barcelona.—Hijos de J. Jover y Serra, Barcelona.—Compañía de Navegación Olazani, Bilbao.—Compañía Santuzana de Navegación, Santurce.—M. H. Bland & C.^o, Gibraltar. Servicios de salvamentos, remolques, etc.—L'oyd Aleman, Compañía de Seguros Marítimos, Berlín.

Depósito de Patentes submarinas y Lagolina esmalte marca Holzapfel's.—Exportación de Sales, etcétera.

Oficinas: Isaac Peral, núm. 9.—CADIZ

TREN DE LAVADO MECANICO

Montado á la altura de los mejores extranjeros, que permite ejecutar con extraordinaria rapidez cualquier trabajo, por importante que éste sea, en un corto número de horas.—Cuentan estos talleres con lavaderos, secadoras y cilindros satinadores de acreditadas casas de París.

SERVICIO ESPECIAL PARA LOS GRANDES VAPORES

Esta casa tiene concedido el servicio para la Compañía Trasatlántica.

Juan Urrialde Brechtel, Calle Obispo Calvo y Valero, números 42, 44 y 46.